“ECOS DE MARÍA ELENA WALSH”

Por ADRIÁN FERRERO

Creo que a esta altura de mi vida, podría decir, sin temor a equivocarme, que no puedo concebirla sin ella. Las suyas fueron el primer contacto con las melodías sensibles que nos depara la música, sus cuentos grabados en vinilo alimentaban una fantasía que se volvía infinita de tanto proyectarnos en las escenas que sugestivamente proponían a través de una voz que narraba actuándolas. Los sonidos que acompañaban a esos cuentos servían también para potenciar más aún su efecto. Se conformaba de pronto un teatro de la percepción a partir de estímulo que como niños mi hermano y yo nos podíamos sino disfrutar de modo gratificante. Era una fiesta que mi padre disparara el detonante asociativo de una continuidad que, mediante toda una serie de escenografías, vestuarios con uno mismo disfrazaba a esos personaje y una espacialidad que se distribuía según toda una serie de imágenes plásticas, pinceladas que trazaban el fresco de una friso en movimiento pero al mismo tiempo a través del estímulo exclusivamente auditivo. Éramos oyentes/espectadores de una puesta. La imaginación se volvía desbordante. De modo que toda esa zona de la infancia asociada a los sonidos antes aún que a la letra, queda cifrada en María Elena Walsh. Y en la figura de mi padre como agente que nos propuso el acceso a esa llave de la dramaturgia de toda una serie de historias.

Luego llegaron sus cuentos leídos, esto es, en letra impresa. Mi padre, que es Prof. en Letras, nos leyó buena parte de ellos, con bellísimas ilustraciones (que no son las de ahora, por cierto). Y entre esos disparates, que por entonces para nosotros no lo eran tanto, porque nos parecía espontáneo, natural que existieran sirenas y países de la geometría, muñecos de nieve que volaran y lo que vino después, hubo un hilo conductor que no se interrumpió jamás.

Dailan Kifki fue la primera novela completa que leí en mi vida. Fue publicada en 1966. Yo nací en 1970. Pasó un tiempo histórico, un trecho hasta que cayera en manos y que yo llegara al mundo édito por propia iniciativa, de modo iniciático, con una novela que me resultó fascinante. El universo poético de María Elena Walsh se mantenía intacto. Algunas expresiones, frases sueltas de ese libro todavía resuenan en mis oídos, atesorados en una memoria que se resiste a dejarlos escapar. Y, recientemente, una amiga y colega, Gabriela Casalins, ha recuperado una de esas paradigmáticas expresiones para incorporarlas a sus dos novelas infantiles/juveniels.

Hay un continuo que une toda una serie de capítulos entre un artista y su espectador o su lector. En mi caso ese continuo no se interrumpió ni se interrumpirá jamás. Lo constituye una suerte de eslabones que le da coherencia interna y externa en un vínculo con una creadora que no solo provocaba encanto sino inculcaba valores de grandeza un público que estaba en una etapa formativa de su vida. Y para el cual los principios de una ética y la necesidad de ahuyentes falsos ideales, así como a la maldad, inculcarles el cuidado de posibles amenazas y valorar la solidaridad sin sentimentalismos era importantísimo.

Cuando fui padre una amiga se apareció por casa con *La valijita María Elena Walsh*, una valijita que contenía cuentos y poemas de esta autora para Emilia,

en un nuevo formato, ahora portátil, ahora de viajera. (¿hacia la imaginación creativa?). Y yo en un colegio secundario de City Bell, un barrio en las afueras de La Plata, enseñé en un Colegio primario, con un programa que diseñé especialmente, una serie de cuentos y novelas protagonizados por animales personificados. Pues allí estuvo *Dailan Kifki* con su presencia inmaculada. Esto es: sin mácula alguna. Llegando a un público de otra generación.

Releí esa novela porque también se la compré a mi hija (creo que la leí yo con tanto entusiasmo, evocando escenas de lectura de la infancia, que me resultaron fascinantes también de forma memoriosa; eso sí, a esta altura con otras ilustraciones y otro diseño que eran más llamativos pero no me gustaron tanto). Ignoro si mi hija la habrá leído pero al menos la tuvo entre sus manos, la contó entre los libros de su biblioteca, la conoció de nombre, su título le fue resultando familiar. Fue una cifra que deposité en sus manos que tal vez alguna quizás aspire a descifrar, si se llega a interesar por reconstruir esa etapa de su historia.

Cuando estuve casado escuchábamos mucho las canciones para adultos, lo recuerdo. Había un álbum que a mí me gustaba, “El buen modo”. Y llegué a comprar un CD de María Elena Walsh en colaboración con Leda Valladares, titulado “Canciones del tiempo de Maricastaña”, en un negocio que después se convirtió en desangelada tienda de electrodomésticos. El álbum consistía en una recopilación de canciones populares españolas, si mal no recuerdo.

Nos regalaron un CD homenaje que le habían tributado músicos como Pedro Aznar, Víctor Heredia, Lito Vitale, Juan Carlos Baglietto, Jairo, entre otros, que se titulaba “Cantamos a María Elena Walsh”, editado en 1997. Lo disfrutamos y escuchamos mucho. Y me fue dado apreciar el respeto que sus colegas le dispensaban a una artista tan completa, tan talentosa y por lo visto con semejante vigencia al punto de merecer un álbum con músicos de primer nivel que la traían a un presente histórico distinto del de sus años de actividad en ese arte.

Ya por entonces yo había leído durante mi época de la Universidad *Novios de antaño (1930-1940)*, de 1994, su primera novela para adultos, había advertido esta capacidad de ella de interpelar por escrito también a lectores de otras edades. Y para cerrar luego leí *Fantasmas en el parque* (2008), una novela autobiográfica tardía, que reseñé para una revista académica de EE. UU,. recibida con entusiasmo por la publicación. Más tarde, la luego amplié para una publicación de literatura infantil y juvenil de la Provincia de Buenos Aires con la que colaboro desde hace aproximadamente cuatro años.

Escribí un cuento, infantil, lo recuerdo, “El día que a los cuadrados les salió todo redondo”, naturalmente inspirado en el suyo “El país de la geometría”, en un juego intertextual explícito que busqué deliberadamente. Si bien eran muy distintos, no era cuestión de andar olvidando a precursoras literarias que tanto había aportad, también, a nuestra producción creativa. Este fue un cuento que me sirvió para ejercitar los registros de la lengua y aprender a dirigirme a interlocutores dispares, pasar de un adulto (los lectores más frecuentes de mis cuentos y trabajos académicos o de periodismo cultural) a otro para niños sin subestimaciones y planteando situaciones complejas al mismo tiempo que procurando fueran atractivas.

Y leí una enorme cantidad de sus cuentos para niños ya de adulto. Recuerdo uno, una nouvelle *Hotel Piojo’s Palace*. También su adaptación al español de un

cuento de George Sand titulada *La nube traicionera* (1989). *Hotel Piojo's Palace* data de 2002, una época difícil para el país. Y para nuestra vida.

Estudié canto y elegí "Serenata para la tierra de uno" y "Como la cigarra" para ensayarlas e interpretarlas en mis clases de canto individual. Luego las escuché interpretadas por Mercedes Sosa de modo triunfal.

Leí la biografía del historiador cultural y musicólogo Sergio Pujol, *Como la cigarra. Una biografía de María Elena Walsh* (2011). Un libro que me reveló facetas sorprendentes, insospechadas, desoladas por momentos, valientes, talentosas, versátiles de una María Walsh que antes habían permanecido veladas porque jamás había tenido acceso a esa información preciosa no por indiscreción sino para comprender mejor a una creadora junto a una obra deslumbrante, que gracias a esa biografía la había sólidamente edificado. Pujol, por otra parte, además procedía a poner en diálogo su vida como agente cultural en el seno del país. Sus viajes. Su rol en la esfera pública. La biografía acentuaba la información pero también realizaba intervenciones de su rol en la cultura argentina como agente de cambio.

Tuve un álbum de la intérprete argentina Julia Zenko,"Julia Zenko canta a María Elena Walsh" (2020), sobre las canciones de esta cantautora. Y circula otro realizado por Sandra Mianovich, "Manuelita, la tortuga de Pehuajó" (1998), que fue también espectáculo. En efecto, Sandra Mianovich realizó dos puestas de teatro acompañado de música sobre María Elena Walsh.

Leí una antología que la autora compiló de poemas sobre la madre, *A la madre. Poemas elegidos por María Elena Walsh*, del año 1981, que también difundí por distintos medios. Pero sobre todo cada año, el Día de la madre, elegía uno distinto y lo subía a mi muro de Facebook.

Supe de su relación con Victoria Ocampo, con quien compartía la común batalla por los Derechos de las mujeres y el feminismo. En cierto viaje que hice a Mar del Plata había justamente una exposición que le estaba consagrada en Villa Victoria, la casa de veraneo de Víctoria Ocampo. De modo que podían apreciarse tras las vitrinas los LPs originales, cartas manuscritas, primeras ediciones de libros agotados con sus primeras ilustraciones, había un documental que se proyectó mientras creo recordar que yo estaba con tanto agotamiento por el viaje que parpadeaba, lánguido, en medio de la función. Pese a esta relación tan en comunión con Victoria, María Elena Walsh confesaba sentirse mucho más a gusto que en las reuniones patricias en los barrios bohemios.

Pasé por alto un dato sumamente importante en la presente nota. Fue coronada por el poeta Juan Ramón Jiménez, quien la becó para viajar a Maryland, en EEUU., instalada en su casa. Pero sus recuerdos de esa etapa son amargos. Lo deja entrever en varias de las evocaciones de esa etapa de su vida. Sin embargo, le permitió conocer el ancho mundo, el viaje en barco, un país que hablaba otra lengua, sus metrópolis, en plena modernidad.

Hay toda una etapa posterior, en la que ya soy lector de su poesía para adultos, sobre la que escribí un extenso artículo de crítica literaria sobre ella. Y con una artista plástica profesional de trayectoria internacional de La Plata, Vivi Nikow, con una serie de sus pinturas titulada "Vientos de otoño", a tres de esas pinturas les sumé textos y al trabajo lo titulé "Otoño perdonado", en clara alusión intertertextual explícita al primer libro de Walsh, titulado *Otoño imperdonable* (1947). En ese trabajo también entre las pinturas y mis textos intercalé fragmentos de algunos de los poemas pertenecientes a ese libro que hicieran

referencia al otoño o a las hojas caídas o al universo vegetal, al campo. Ese trabajo se publicó en la revista de México *Vagabunda Mx*.

Y tomando como punto de referencia las letras de su cancionero para adultos, escribí un extenso y pormenorizado artículo de crítica literaria (más que musical) porque tal como las definió un experto las suyas eran poemas/canciones. Salió publicado en la misma revista de México. Ambas experiencias tuvieron lugar a lo largo del año 2021, con buena repercusión de lectores.

Supe que había intervenido en un programa de TV, “Como la cigarra”, que yo vi al pasar alguna vez en casa de mis padres, pero como consistía en tres conductoras sentadas frente a la cámara en un debate o en un diálogo a mí me resultó tan inmóvil, tan poco dinámico o poco atractivo para esa edad en la que tuvo lugar, no me detuve a ser su espectador. No sé si hubiera tenido sentido que eso ocurriera. Probablemente me hubiera llevado una imagen de María Elena Walsh más de periodista que artista que no era la que yo más hubiera anhelado para mí en un retrato o estampa de su vida. María Elena Walsh también intervino en films.

Sé que fue musicóloga porque recopiló canciones del folklore del norte argentino, durante los diez años que trabajó y estuvo junto a Leda Valladares componiendo el dúo “Leda y María”. Hasta finalmente enterarme de que había residido en París durante una etapa de su vida en la que se había ganado la vida interpretando canciones del folklore argentino en cabarets hasta firmar un contrato con un espacio para interpretar canciones con un salario más digno. Grabaron en Francia si mal no recuerdo tres álbumes con Leda Valladares, formando el citado dúo, “Leda y María”.

Hay no en la obra para niños de María Elena Walsh, donde prima el desparpajo, el humor, el disparate, el *nonsense*, la sensación de que uno habita el absurdo, sino en su corpus para adultos una melancolía, una suerte de nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue, o por lo que fue y con lo que no se deseó que fuera de ese modo. Una experiencia de la soledad intransferible, también. Tal es la sensación que a mí me dejó la lectura en su carácter más descarnado. Digo esto porque llama la atención el contrapunto de que la misma persona que escribió el “Twist del mono liso” luego haya escrito ciertos poemas tremendamente melancólicos de su corpus de poemas.

Mi padre la entrevistó y realizó un trabajo muy pormenorizado con las variantes según ella las había ido modificando sus poemas de edición en edición. Él rigurosamente tomó nota de estos cambios, como antes lo había hecho con la lírica de Borges, en sus primeras épocas de estudiante en Letras en la Universidad Nacional de La Plata, en un parecido trabajo. Y sé que ella le regaló un libro que era inhallable, además de hacerle un chiste con bastante ironía ni bien se presentaron.

Me siento feliz de haber podido escribir sobre dos de sus libros de cuentos para niños, sobre una de sus novelas para adultos (en sendos artículos), sobre su poesía para adultos y sobre su letrística para adultos. Son formas de retribución de un don a alguien nos lo ha regalado de modo tan versátil y en tantos planos y dimensiones de la vida que resulta imposible dar cuneta de ellas. Una devolución, bajo alguna clase de modesta retribución cultural a esas manifestaciones que tanto me han conmovido, marcado, alimentado mi imaginación, de modo estimulante ¿quién podría asegurar la contrario? ¿Condicionar mi trabajo muy ulterior como escritor desde aquellos remotos cuentos y canciones de la infancia? El hecho de que haya impactado de forma

tan superlativa, tan definitiva, que tanto han señalado su infancia, su adolescencia, su juventud y su adultez. Y se hereda de un padre y se prolonga en sus hijos o hijas, en sus sobrinos. María Elena Walsh lo cierto es que empapaba al mundo entero con su talento, de todas las edades, nadie podía permanecer sustraído a su embrujo.

Le compré a mi sobrina sus obras de teatro, que eran difíciles de hallar. De casualidad, las encontré en un quiosco, cuando todos los negocios estaban cerrados. Y también tengo los artículos reunidos en *Desventuras en el país-jardín-de-infantes* (1995), con una nota con la que enfrentó los censores de la dictadura. Y el otro libro de notas o artículos que tengo es *Diario brujo* (1999). Circula otro libro, en el que registra algunos viajes, notas, recuerdos, una compilación de los anteriores seguramente con algún aporte bibliográfico renovado. Y recuerdo lo que me costó encontrar bibliografía sobre esta autora toda vez que me interesé, siendo egresado de la carrera de Letras, un estudio o un abordaje crítico de su producción literaria. Hasta que finalmente en una mesa de una librería de La Plata encontré un libro de dos estudiosas canadienses, expertas en la obra de la escritora y cantautora argentina.

Vi el film *Manuelita*, de García Ferré, basado en su personaje más célebre estrenada el 8 de julio de 1999. Pero no me gustó. Tal vez hubiera imaginado a esa tortuga en su canción así como a su tortugo con mucho más vuelo audiovisual del que pude apreciar en ese film. Lo cierto es que me quedé por lejos con la canción en lugar de la creación audiovisual. Era una construcción que a mi juicio superaba por su nivel creativo una representación que no fuera la canción misma. Era una creación musical. Si uno pretendía sacarla de contexto o traducirla a otro código, transformarla en secuela cinematográfica animada, perdía todo encanto, al menos realizada en esos términos. Para el presente caso, el lenguaje audiovisual, la malograba.

Había ganado, antes de partir, una enorme cantidad de Premios y distinciones, no solo en el país sino en el extranjero. Fue considerada “Mito viviente y Prócer cultural”. Y en la actualidad está en actividad la Fundación María Elena Walsh en la que existe documentación acerca de su autora e información que se preserva como patrimonio de alguien de su talla. Entre todo ello, un diario personal.

Fue libretista de TV también.

¿Qué no se había dado el lujo de abarcar todo a lo largo de su vida en el orden de la producción artística? La literatura para niños y juvenil (en narrativa y poesía), la poesía para adultos, la canción popular para niños, la canción popular para adultos con fuertes acentos críticos respecto de la frivolidad y las falsas apariencias, el cine, la TV, los librtos de TV, la musicología, la adaptación literaria de cuentos infantiles, esporádicamente la traducción, en el sector gremial de la actividad musical cargos de gestión, el periodismo cultural y el ensayo, la novela para adultos, la compilación de antología…Al fin y al cabo, era la mujer orquesta.

María Elena Walsh había inspirado a muchos otros artistas para realizar sus propias producciones culturales. Adaptaciones de sus obras a otros géneros. Había abierto senda respecto de muchas dimensiones artísticas, en todas sus dimensiones y posibilidades. También su producción ha sido el punto de partida de proyectos tanto musicales como teatrales y literarios (conjeturo yo, cavilando ahora, sin buscarlo) de otros artistas para realizaciones y producciones. En la literatura para niños, por citar solo un caso, había señalado un antes y un después. También en el campo social había sido el puntapié inicial junto con otro

grupo de mujeres para la reivindicación de Derechos Humanos, particularmente los ligados a los de la Mujer.

María Elena Walsh todo lo que tocaba lo convertía en un diamante.

No sé cómo hubiera sido un encuentro personal, en una entrevista. No lo quiero imaginar ni creo que tuviera sentido. Pero puede que alguna vez juegue a imaginar uno de esos que doy en inventar con escritores o escritoras que me son caros. En los que he depositado buena parte de mi atención o crítica o simplemente lectora. Se trata de encuentros que escribo que tuvieron lugar, pero jamás tuvieron lugar. Lo hice con Marguerite Yourcenar, con Horacio Quiroga, en dos oportunidades con Liliana Bodoc, con Oscar Wilde, Federico García Lorca, entre otros…

María Elena Walsh nació en 1930 en Ramos Mejía y falleció en Buenos Aires en 2011. Esas dos fechas no solo señalan un arco de tiempo bastante dilatado en la vida de una persona, sino que, para el presente caso, son el indicador de un hito de la cultura argentina, en el cual varias generaciones que se acercaron a su obra en todas sus vertientes a todas las edades, se encontraron con el tanto más absoluto. Y nada indica que eso deje de seguir ocurriendo.

María Elena Walsh fue muy reconocida entre sus pares y obtuvo numerosas distinciones. Entre otras, el Premio Municipal de Poesía; Premio Argentores; Gran Premio SADAIC; Gran Premio de Honor del Fondo Nacional de las Artes; el Highly Commended del Premio Hans Christian Andersen de la IBBY, Dinamarca; Premio Gabriela Mistral, Chile; Konex de Honor (Letras), entre muchos otros. En 1985 fue nombrada Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires; en 1990, Doctor Honoris Causa en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; en 2008 recibió el reconocimiento público de la Academia Argentina de Letras.

Sorprende, conmueve y asombra su ductilidad para desplazarse entre prácticas sociales, entre signos, entre espacios culturales, entre públicos lectores o espectadores, lenguajes literarios, expresiones artísticas, retóricas, formas de interpelar al semejante, todo lo que la vuelven un ser humano absolutamente irremplazable, único, íntimo, íntegro, irrepetible. Y, para no faltar a la verdad, en cada una de mis producciones, sea del tipo que sea, para adultos o niños, no solo las literarias, cada vez que me siento a escribir, escucho los ecos de María Elena Walsh. De modo completa y absolutamente definitivo.